

## Una carta inédita de Hostos

[Al remitirnos esta linda carta de Hostos, nos dice nuestro colaborador don Félix C. Lizaso: «Mi amigo el Dr. José Antonio Fernández de Castro ha preparado —y tiene lista para publicar— una edición de «Cartas a Saco», reuniendo gran número de ellas, algunas de corresponsales tan notables como el propio Hostos y nuestro elegante y erudito don Domingo del Monte. Este libro, que llevará prólogo de Varona, será (sin que ese sea su propósito directo) complemento a otro ya publicado por el señor Figarola-Caneda, que contiene la correspondencia de Saco. Ha hecho mi amigo excelente distribución, y oportunas notas, en que se estudia a cada uno de los corresponsales, el momento histórico en que las cartas se escribieron, y otros particulares que hacen comprensible para todos las relaciones del corresponsal con Saco y los acontecimientos que se cernían sobre el país en cada momento. Muchas de esas cartas, por sus informes, sirvieron a Saco para redactar sus escritos»].

Madrid, agosto 12 de 1865.

SEÑOR DON J. ANTONIO SACO

París.

Muy Sr. mío digno de toda mi consideración: La justa opinión que tengo de sus escritos; la alta estima que hago de sus obras; el deseo que hace tiempo tengo de ponerme en relaciones con Ud. y la necesidad en que estoy de sus consejos y de sus luces, inspiran esta carta.

¿Conseguirá hacerle disimulable su objeto capital?

Ama Ud. demasiado a nuestras Islas para no seguir el movimiento de la opinión aquí respecto de ellas, y para no saber que hoy, bien o mal, por acaso o por necesidad sentida, se ocupa la prensa cortesana de la abolición de la esclavitud. Lo que de ello se ha dicho no me satisface y creo deber mío decir más. Oriundo de Puerto Rico, conozco suficientemente su estado social para ocuparme de él; pero no quiero hacerlo sin hablar largamente de Cuba, y no bastándome los libros, los datos, las opiniones personales recogidas, acudo por Ud. para rogarle me ilustre y me aconseje.

Si el tiempo no exigiera mi presencia en otra parte, hablaría a Ud. de mi proyecto, del plan de mi trabajo y del fin que me propongo; pero me falta el tiempo y confío tanto en su perspicacia y su pericia que creo bastante la sola mención del proyectado trabajo para que Ud. me remita los datos más preciosos y me dé los consejos más oportunos.

A pesar del tiempo, no quiero terminar ésta sin dirigirle una pregunta: Si, como lo creo probable, logramos otro amigo y yo fundar una revista verdaderamente inspirada en el amor de nuestras Islas, ¿podremos contar con su colaboración constante? Es nuestro más vivo deseo, y desde que abrigamos esta idea contamos mentalmente con Ud.

He terminado... No; mis propios deseos y los de multitud de paisanos

nuestros quedan sin satisfacción: deseamos que escriba Ud. sobre la abolición de la esclavitud.

Teniendo estos deseos, no se com-



EUGENIO M. DE HOSTOS  
Ilustre pensador antillano

prende mi temeraria resolución de escribir sobre el mismo punto. Es que todas las pasiones ciegan; y a mí me ciega el amor de mi país.

Veámoslo libre y feliz.

Ahora, empiece Ud. a contar con un amigo.

Lo respeto: soy suyo,

EUGENIO M. DE HOSTOS  
S/c Veneras 6.

## Las señales de los tiempos nuevos

Por JOAQUIN RAMIREZ CABAÑAS  
(JOSÉ SILVANO)

**P**OCAS semanas antes del Centenario de la consumación de Independencia mexicana, la República del Perú ha estado celebrando la inicia-

ción de su guerra de Independencia. También al Perú han enviado delegaciones extraordinarias las demás Repúblicas ibéricas, y, como el Perú tomó alguna parte activa, por lo menos en términos diplomáticos, al lado de los Aliados durante la Guerra Europea, a su Centenario ha venido una delegación francesa, presidida por el General Mangin, a bordo de una gran nave de la república latina.

Todo ha sido admirable. Sin embargo, en la fiesta de la Independencia peruana ha quedado un puesto vacío, o mejor dicho, no se ha preparado un puesto, el más significativo, si debiésemos esperar algo de la lógica histórica, dado que la historia procediera lógicamente.

Porque es el caso que el Perú celebra la declaración de su Independencia, hecha en Lima por el General argentino San Martín, quien invadió al Perú con un ejército formado en las provincias chilenas que acababa de libertar y de las cuales había formado la nación araucana. De consiguiente, Argentina y Chile deberían ser los huéspedes de honor en el centenario peruano.

Mas ninguno ignora lo de la guerra del Pacífico, lo de Tacna y Arica, y las subsiguientes rencillas que han mantenido separados a estos dos países, para tristeza de toda la América, Chile se apoderó de las provincias peruanas como resultado de la guerra; las ha chilenuizado, ha explotado sus grandes recursos, y se siente completamente desinclinado (como dicen los anglicistas) a devolverlas. En cambio, el Perú siente crecer cada día el amor por las provincias perdidas, y se ha visto que no perdona medios ni combinaciones para rescatarlas.

Entre estos dos irreconciliables hermanos, está la tragedia representada por la República de Bolivia: la nación fundada por el gran Libertador se ha quedado sin salida al mar; es la que ha perdido más, en el pleito de sus poderosos vecinos; la guerra del Pacífico amputó al Perú de una partícula de sus extremidades; en cambio Bolivia perdió en ella sus órganos respiratorios.

El asunto ha sido llevado y traído ante la Casa Blanca, ante todas las Cancillerías posibles; y por último, ha caído en el pozo ciego de la Liga de Naciones. Los políticos peruanos, chilenos y bolivianos discurren, confieren secretamente, y mantienen encendido el chispazo de la inquietud en el continente. Pudiera creerse que el asunto no tiene otra solución sino otra matanza de sudamericanos, y otra injusticia subsiguiente.

Sin embargo, no es así. Con motivo del Centenario del Perú la Federación de Estudiantes de Chile ha enviado al